

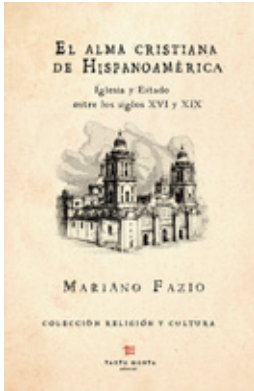
El alma cristiana de Hispanoamérica. Iglesia y Estado entre los siglos XVI y XIX

Mariano Fazio

Editorial Tanto Monta

Santiago, 2025

168 págs.



En 1992, para las celebraciones del quinto centenario del descubrimiento de América, se acuñó el concepto de “Encuentro de dos mundos”, un concepto demasiado extenso para algo demasiado concreto. Una definición que buscaba cierta “neutralidad”. Si bien el quinto centenario posicionó el intercambio cultural, comercial y político entre España y América en el contexto de la nueva democratización del continente, el componente atávico de esto estuvo mermado o bien disminuido. Poco se habló del sustento de esos quinientos años: la cultura cristiana permitió la unión de pueblos que, siendo diferentes, llevan adelante una fe común; “el continente de la esperanza”, en palabras de Juan Pablo II. El reciente libro de don Mariano Fazio (Buenos Aires, 1960) *El alma cristiana de Hispanoamérica. Iglesia y Estado entre los siglos XVI y XIX*, editado por Tanto

Monta (2025), viene a recordar, sin sobresaltos ni sobrecargas intelectuales, que la formación del continente americano es fruto de un sustrato cristiano que impregnó la institucionalidad de todo el continente, dándole unidad cultural a pueblos que, previo a dicho proceso, eran todos muy diferentes entre sí.

Esta amena monografía de historia de las ideas, cuyos planteamientos establecen una continuidad con lo establecido por Jaime Eyzaguirre algunas décadas atrás, no es la primera aproximación del autor sobre los componentes históricos que conforman el continente americano. En *La América ingenua* (2009) abordó la necesidad de asumir el extenso pasado común que tenemos, tomando una necesaria distancia de ideologías contemporáneas que totalizan la interpretación histórica, sembrando tensiones coyunturales que se alejan de la veracidad de los hechos.

En esta publicación, aborda las centenarias teorías que sustentaron la relación entre la Iglesia y el Estado. Una unión a veces inseparable, sobre todo para el escenario inicial de la conquista española. En este punto el autor ahonda en lo que la historiografía liberal usualmente olvida: la unión entre poder político y religioso no fue solo un recurso jurídico para “ordenar” la conquista o darle coherencia. Dicha unión entre poder político y religioso ante todo permitió la difusión de una antropología del ser humano que posibilitó el respeto a la integridad de los habitantes nativos del continente.

A esto se sumaba, como recuerda el texto, el hecho de que la sociedad española estaba profundamente impregnada de espíritu cristiano. Existía una

verdadera “psicología colectiva” desde la cual se pudo estructurar una sociedad americana cuyo núcleo cohesionador fue la antropología y trascendencia cristianas. Esto último fue posible gracias a que, tempranamente, “en 1500 se establece que los indios son personas humanas, libres y vasallos de la Corona de Castilla”, marcando una diferencia sustancial con las monarquías anglosajonas y francófonas, cuyo motor de conquista era otro y, a pesar de venir del tronco católico, rápidamente adoptan parámetros que subyugan la fe reformada a los criterios políticos y económicos de su época.

Sin embargo, esa frontera entre los territorios hispanos y los otros imperios es cada vez menos palpable para la América hispana, puesto que paulatinamente se impregnó de las doctrinas liberales venidas del mundo anglosajón. Ahora bien, estas mutaron la mentalidad americana y comenzaron a separar las esferas del poder, pero la herencia liberal, materializada en reformas políticas, no comienza con las Repúblicas, sino —como explica Fazio— con el paso de la Casa de los Habsburgos a los Borbones, pues estos últimos comenzaron un proceso de centralización del poder político y administrativo y miraron con escepticismo la especie de autodeterminación que estaban tomando los criollos en América. El tutelaje que aplicaron los Borbones ahogó iniciativas que terminaron por volverse en contra de la misma monarquía hispana.

Es importante señalar que el autor no cae en el romanticismo de explorar solo

las bondades del proceso de evangelización, sino que asume las dificultades y excesos que se vieron imbricados. De esta manera, cuando el autor afirma que “la conquista española —violenta como todo proceso de conquista en la historia de la humanidad— impuso de hecho una unidad continental caracterizada por la implantación de una fe religiosa, la difusión de una lengua y el establecimiento de un régimen político —después de que callaran las armas— que duraría al menos tres siglos”, deja en claro que a pesar de las dificultades propias, se logra cuajar un *ethos* que posibilita la sociedad americana hasta nuestros días.

Cuando líderes actuales propugnan la unidad del continente o se preguntan por su liquidez moral y cultural, es precisamente porque el sustrato de unión que el autor sostiene se ha ido diluyendo, y no porque este no exista. Y allí se precisa una similitud con la Europa contemporánea, la cual —siendo cuna de la civilización cristiana— hoy naufraga en su identidad y destino. En efecto, esa pretensión de neutralidad que mencionamos al comienzo no es solo la falta de toma de postura frente a un tema en específico, sino más bien la negación de siglos de desarrollo cultural vistos como una pesada mochila, y no como algo que es un faro que trasciende los tiempos. Así, la monografía que Mariano Fazio presenta vuelve al punto de partida de nuestra cultura, convocando al continente a preguntarse por sus orígenes y encontrando en él el motor de los años sucesivos.

José Manuel Cuadro M.